

los mismos transportes de una exaltada alegría.»

«Cuando la primera noticia de la insurrección llegó al autócrata de todas las Rusias, que se consideraba como el domador de todas las revoluciones, creyó ese soberano que se le acababa de confiar una sublime misión. Un manifiesto del 11 de Agosto llamó á las armas á los reclutas; el emperador quería expresar su desaprobación y romper todas las relaciones con Francia; se prohibió á los buques franceses bajo pabellón tricolor que entrasen en los puertos rusos, y de la misma manera se prohibió á los viajeros franceses el pasar las fronteras del imperio.

»En Berlín, en las altas esferas se expresaba una viva, violenta y dolorosa simpatía por la suerte de los borbones; y los que arrastraban por los salones sus «espanta paisanos,» manifestaban altamente sus opiniones en los círculos más elevados del ejército.

»En Holanda, el diario de las *Nederlandsche Gedachten*, redactado por entero por el espíritu de un Polignac y de un Van Maanen, aguijoneaba al gobierno francés *antes* de la catástrofe y al de los Países Bajos *después* de la revolución; excitábales á hacer su deber con energía, á oponerse á la invaso-

ra preponderancia del principio democrático, á rehusar la menor concesión, y, en caso de necesidad, á romper todas las resistencias, estableciendo la dictadura franqueando los límites trazados por la Constitución...

»Los diarios ingleses decían que el lenguaje de este diario, era el lenguaje de los insensatos. El *Diario de Arnheim* aconsejábale que cambiase su título y tomase el de *Los Pensamientos españoles*. La *Gaceta de los Países Bajos*, diario ministerial, aun cuando encontraba que todo se iba á poner de nuevo en tela de juicio por las agitaciones, á las cuales la sociedad sería entregada y que habían quebrantado ya las instituciones de Francia, sin embargo, reservaba su juicio definitivo...

La confianza, sin embargo, renació en Europa al ver que en Francia, en suma, no había ocurrido más que un cambio de dinastía complicado con una reforma constitucional, sin que el gobierno ni el pueblo francés pretendiesen pasar sobre Europa: así ya en Setiembre los embajadores en Francia, en Inglaterra, Berlín y Petersburg, fueron recibidos por los soberanos, lo cual significaba el reconocimiento del nuevo orden de cosas creado por la revolución de Julio. Desde este momento la revolución quedaba legalizada y consagrada.



Túnez: Nixan



CAPITULO XXXVIII

LEVANTAMIENTO Y SEPARACIÓN DE BÉLGICA

Las jornadas de Agosto en Bruselas.—Resoluciones del Rey.—Misión pacífica del príncipe de Orange.—Agitación en las provincias del Norte y del Sud.—Ruina de la causa del movimiento.—Desarme de la guardia cívica.—Misión belicosa del príncipe Federico.—Ataque y defensa de Bruselas.—El territorio belga queda libre de holandeses.—Segunda misión pacífica del príncipe de Orange.—Campaña de Amberes.—Ojeada retrospectiva.

DE encontrar las jornadas parisienses á Bélgica en el estado de ebullición de la primavera, es bien seguro que la revolución hubiera sido simultánea en París y Bruselas, pero el rey había dominado un tanto la situación, los jefes del partido liberal estaban desterrados, luego se había apaciguado al clero con el concordato, y todo esto unido á la antipatía del partido clerical belga por el movimiento francés, que había escrito en su bandera como una de sus exigencias la libertad é igualdad de todos los cultos, hizo que las jornadas de Julio, á falta de materia explosible entraran sólo en el fondo del pueblo belga que sintió reanimarse su ardor con el fragor de la lucha francesa; pero quedando lo más tranquilo del mundo en apariencia.

Apariencia esta que sin calcularla pudo favorecer mejor á los patriotas que no la agitación, pues aun cuando las autoridades civiles y militares le decían al rey y al príncipe de Orange que no debían fiar en esta agua mansa, rey y príncipe se burlaban de las angustias de sus fieles servidores, sin que nada pudiera llegar á turbar su tranquilidad ó su confianza en la pasividad del pueblo belga.

Razón tenían las autoridades en alarmarse, porque bien pudieron averiguar más ó menos que los jefes del partido liberal belga se agitaban en París, y que por consiguiente su agitación había de hacerse sentir en la capital y en provincias.

Formaban á la sazón en Bruselas el núcleo del partido nacional Gendebien, Weyer, Lebroussart, Levae, Michielis y Verboeckhoven, pero sólo Gendebien, el abogado de Potter, había acabado por dar forma concreta á su pensamiento. Para este ardiente demócrata la cuestión no estaba en recobrar para Bélgica la absoluta independencia administrativa sino la independencia nacional, y como para llegar á este resultado era necesario contar con medios para resistir al ejército holandés, Gendebien, optó para que Bélgica fuera francesa con tal que no fuera holandesa. Así, acompañado de algunos amigos que compartían su modo de ver, se trasladó á París en donde, naturalmente, sus ideas habían de encontrar la más calurosa acogida en el seno de la Sociedad de los Amigos del pueblo, ofreciéndole su apoyo personal Manguin y Lamarque; pero el gobierno francés, Lafayette y el mismo Luís Felipe declinaron el ofrecimiento que se les hacía temerosos del